

XVII

Ya nos ha salido el susto del cuerpo. Es posible que á muchos, sobre todo á muchas, de las que más se regocijaron en la noche de la temida fin del mundo, no les haya salido todavía ó les salga de aquí á unos meses, á mayor gloria y perpetuidad de este pícaro mundo.

Si es cierto lo que asegura Renán en su *Abadesa de Juarre*, que, ante la muerte próxima, el amor se envalentona y se deja de miramientos hasta decir ¡Fuera cuidados!, esperemos que el cometa Halley, en vez de acabar con el mundo y sus habitantes, nos habrá dado cuerda para mucho tiempo.

La verdad es que, para lo atrasadillos que andamos, según dicen, no hemos sido de los que más se han puesto en ridículo por esos mundos. ¡Estamos tan hechos á pronósticos de nuestro fin! Y siempre es

preferible que el mundo se acabe para todos á acabarse uno para el mundo. Mundo tenemos en general, y ojalá tuviéramos vida en particular hasta la llegada de otro cometa, y aun es posible que hasta la terminación de la Gran Vía, y, exagerando un poco, hasta el advenimiento de la República. Las revoluciones, lo mismo en las celestiales que en las terrenales esferas, nunca las traen cometas andariegos y revoltosos, por mucha cola que aparenten. Es preciso algún astro de primera magnitud, y por ahora... todo es vía láctea en las celestiales y en las terrenales esferas.

* * *

Para los que se pagan de nombres—República, Monarquía,—ahí tienen á la República Argentina y á su Gobierno viéndose obligados, en plena apoteosis de su engrandecimiento y prosperidad, á declarar el estado de guerra; medida que, con el interés de los más, acaso baste á conseguir una tregua de fiestas patrióticas. Pero el problema queda en pie. Y el problema allí es

del mundo entero. Digan unos: Patria; otros: Humanidad, siempre sientan bien estos nombres sonoros y nobles. En realidad, riqueza de un lado, miseria de otro. Más peligroso es el conflicto en esos pueblos jóvenes, adonde llegan todos los días miles de conquistadores de todas las razas y de todos los pueblos. Y conquistadores sin bandera, desarraigados de su patria, á luchar por sí, á enriquecerse, si es posible, en provecho propio... ¿Cómo exigir á tanto egoísmo humano el sacrificio por una idea nacional? No bastan los intereses materiales, opuestos de clase á clase, cuando no de individuo á individuo, á unir voluntades y sentimientos en ese algo inexplicable que se llama ideal nacional. Es ley fatal humana que, en las causas de nuestra grandeza, esté el mayor peligro de nuestra ruina. El talento, el valor, la riqueza, la hermosura tienen en sí mismos su mayor enemigo. La República Argentina es inmensamente rica y generosa. Pero si todos quieren ser inmensamente ricos en ella, ¿bastará toda su generosidad? ¿No tendrá á cada paso un conflicto entre su in-

terés nacional y tantos intereses de tantos, por desligados de su patria, más desligados de una patria extranjera? He aquí el peligro y he aquí el problema de la República Argentina. ¿Lo que hoy es un gran pueblo, llegará á ser una gran nación? ¿Llegarán á sumarse tantos intereses egoístas en un solo egoísmo ideal? Gran cosa es que en un pueblo todos procuren ser ricos, á condición de que todos también estén dispuestos á morir de hambre en un día. Con la primera cualidad, dominante en la República Argentina, y la segunda, dominante en España... ¡gran nación!

* * *

Millones de flores, que representan millones de pesetas, cubrirán la tumba del rey Eduardo de Inglaterra. Los economistas republicanos, que hallan sus mejores argumentos contra la Monarquía en publicar lo que cuesta el sostenimiento diario de unas caballerizas reales, no dejarán de filosofar ante ese derroche de flores. No pensarán lo mismo las floristas ni los floricultores.

tores. Y siempre que un señor de esos que, por alardear de modestia, deja dispuesto en su última voluntad que no se deposite coronas ni flores sobre su cadáver y que se le entierre con la mayor sencillez, pienso en la oración fúnebre que han de dedicarle los empresarios de pompas fúnebres y los fabricantes de coronas: ¡Vaya con el hombre, á qué hora ha ido á acordarse de ser modesto! Yo creo que la mayor modestia es no disponer nada y dejar á los ricos que hagan su gusto y su voluntad y á los funerarios su negocio. El que uno se muera no es razón para que no vivan los demás. A mí me parece muy bien todas esas flores y ese dinero que se gastan los ingleses. Las flores nunca son caras. Además, los vivos son lo bastante vivos para no dedicar flores al muerto; las flores son á los que quedan.

Recuerdo que á un gran personaje se le murió un sobrinito, y la casa se llenó de coronas y de flores y el entierro llevó el más lucido y numeroso acompañamiento, y decían los familiares de la casa: Si esto es por el sobrino, ¡cuando el señor muera!

Pero el señor, al morir, no dejaba familia de importancia, ni, de ella, nadie que pudiera dar destinos ni dispensar favores, y al entierro... dos peseteros y los precisos operarios. Señores muertos: nada de consideración con los vivos; admitan ustedes coronas y flores, y á la familia dejarle encargado el entierro de primera y con mucho clero: que vivan todos. Siempre hace bien ver caras alegres en un entierro.



XVIII

Todo Gobierno, al emitir su respectivo discurso de la Corona, bien puede disculparse, como el aldeano de Molière:—Si digo siempre lo mismo, es porque siempre es lo mismo; que si no fuera siempre lo mismo, no diría siempre lo mismo.

Si los anteriores Gobiernos hubieran realizado todas las bellas y grandes cosas prometidas en sus sendos discursos, nada quedaría por realizar, ni siquiera por prometer, y holgaría un nuevo discurso de discursos (revista de revistas).

Si de la vida dijo Shakespeare que era fastidiosa como un cuento oído dos veces, ¿qué serán estos discursos tantas veces oídos? Así nos hemos acostumbrado a oírlos con el más consecuente escepticismo, reflejo tal vez del escepticismo que suele dictarlos.

En fin, como el escepticismo es puerta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

entornada, ¿por qué no hemos de conceder á estos discursos siquiera la confianza que ponemos en la lotería? Alguna vez puede tocar. No aspiremos al premio gordo.—El programa ideal. ¿No es eso?—¡ Si tocara una aproximación!

En lo que no cabe por esta vez escepticismo es en lo del «vigoroso llamamiento al crédito». Esa es la eterna subida del vino: que nunca mejora de calidad, aunque suba de precio.

Por si no bastaba con un discurso, hemos tenido dos: el de la Corona y el de la coronilla, á cargo del jefe del partido conservador, muy empeñado en llevar vela en este entierro, que bien puede serlo si no hay á tiempo un capirotazo enérgico que apague esas velas y cirios que ya han «deslucido» bastante.

Entre los dos discursos nos quedamos... con el Mensaje de la Asamblea agrícola; de menor resonancia, pero de más sólida y aplicable doctrina.

* * *

Próximas á terminar las representacio-

nes de Novelli en Lara, cerrados muchos teatros de invierno—algunos más propios de verano por la frescura de obras y artistas,—no queda en Madrid más espectáculo atractivo que las sesiones del Congreso y alguna cómica, especial, del Senado, que cuenta para el género con eminentes y acreditados característicos.

Las distinguidas aficionadas al Parlamento, en todas sus manifestaciones, particulares y públicas, ya tienen dónde pasar la tarde y en dónde distraerse hasta el verano, retrasado, como siempre por los deberes políticos de los maridos, padres, etc.

El elemento femenino ha de interesarse mucho en la actual legislatura. Hay que evitar la condenación de más de cuatro amigos arriesgados en alguna votación peligrosa. ¡ Sería una lástima no poder encontrarse con ellos en celestiales moradas, como ahora en las más elegantes casas, por culpa de un proyecto de ley! Hay liberales muy simpáticos, y hasta con dinero; el partido conservador no tiene monopolizadas estas dos bellas cualidades para brillar en sociedad.

Yo sé que á estas horas hay quien eleva plegarias y hace ofrecimientos por la salvación de algunos ministeriales. No teman las distinguidas intercesoras; llegado el caso, todos han de salvarse, más que por vuestra intercesión, por propia iniciativa, al grito dispersador de: «¡Sálvese el que pueda!» No roguéis por ellos; rogad por vosotras y por vuestros hijos, diremos parafraseando palabras de Jesús. Porque si pudierais ver, como El, en lo venidero, veríais lo que mejor os estaba y les estaba á todos para evitar mayores males. Verdad es que si vosotras tuvierais inteligencia y cultura para comprender estas cosas, hace mucho tiempo que estarían resueltos muchos problemas por sí solos.

* * *

El orgullo nacional de los franceses, irreductible, sobre todo tratándose de su arte, se halla muy resignado con ver su París invadido por toda clase de espectáculos extranjeros. Opera italiana, comedia belga, baile ruso; sin contar innumerables artis-

tas, autores y músicos de diferentes nacionalidades repartidos por diferentes teatros.

A mal tiempo amable sonrisa, y ellos venden por generosa hospitalidad lo que á regañadientes soportan. Claro es que los comediantes belgas son una pobre gente sin pizca de *chic*, aunque sean más espontáneos y naturales que los amaneradísimos actores franceses, apestantes á Conservatorio y á Comedie Française; que Caruso no puede compararse con los admirables tenores de la Gran Opera, con sus voces de gato pisado... Sólo ante los bailarines rusos humillan su superioridad, y eso porque, según ellos, todo su arte es de la más pura tradición francesa.

Como espectáculo propio no han ofrecido, autores y actores franceses, en estos últimos tiempos, nada más interesante que la pelotera entre Bataille—el nombre obliga, y él se encarga de justificarlo—y la gran Sarah, sólo comparable á la guardia napoleónica en lo de dar que hablar hasta sucumbir.

En París, como en todas partes, se perecen por estos chismes teatrales. Hasta que

los Tribunales dieron la razón á Bataille, todo el mundo estaba de su parte; en cuanto tuvo á la justicia por suya, consideraron que ya tenía bastante, y todo el mundo se puso de parte de Sarah. Cuando se atrevió á embargarla sus muebles y los ingresos de su teatro... ¡no se diga! Los mayores enemigos de la actriz se aprestaron á defenderla contra el autor. Se llegó á decir que Bataille había insultado á Francia en la persona de Sarah.

Aquí, por fortuna, no se llevan á punta de embargo estas cosas de teatro, que no valen la pena. Sólo sabemos de un empresario capaz de embargar á sus autores; pero con el mayor cariño y sin dejar por eso de represenarles sus obras, para mejor garantía del embargo... Los demás, todos buenas personas. Nos peleamos, hacemos las paces, nos odiamos, volvemos á querernos; pero todo con la mayor modestia, sin indemnizaciones y sin reclamos.

XIX

Las mujeres son, por lo general, conservadoras, muy respetuosas con lo tradicional y establecido; pero cuando una mujer da en revolucionaria... Nada menos que todo el sistema planetario nos ha trastornado una distinguida dama, miss Craig, en interesantísima conferencia dada en el Ateneo.

No era la flor que más se había presentado hasta ahora, en el ramo de la sabiduría femenina, ésta de la astronomía. Bueno es que la mujer se vaya poniendo en comunicación con el cielo de mejor modo que con importunas plegarias petitorias. La aparición, mejor dicho, la desaparición, y para nosotros ¡ay! despedida, sin beneficio, del cometa de Halley, á más de su cola natural, se ha traído otra muy larga de discusiones entre los astrónomos. A consecuencia de todas ellas, se inicia el descrédito de algu-

nás verdades, que ya habían durado lo bastante, para obtener, sin que nadie pueda molestarse, su jubilación y pase á la escala de reserva. Todo nuestro respeto para estas mentiras de hoy, que fueron las verdades de ayer, y aprendamos por ellas á respetar las mentiras de hoy, que tal vez sean las verdades de mañana.

Los estudios de miss Craig son muy serios y no deben tomarse á broma. Sin llegar á las atrevidas afirmaciones de la conferenciante, otros astrónomos de gran renombre han coincidido recientemente en negar las teorías de Newton sobre las leyes de gravitación y de atracción universales.

Por mi parte, celebraría mucho que se salieran con la suya; porque, con todo el respeto á Newton, eso de que cuando uno cae, cae por atracción, me pareció siempre una tontería. Es para escamarse el que á Newton se le ocurriera viendo caer una manzana; desde los primeros días del mundo la manzana fué siempre fruta ocasionada á funestas equivocaciones.

En este caso nada se ha perdido; todo es que los pobres muchachos estudiantes del

bachillerato tengan que aprenderse una nueva teoría... hasta otra. Los licenciados y doctores pueden seguir sirviéndose de la que estudiaron en sus libros. Más se ha adelantado en otras materias, de aplicación más inmediata, y hay quien se anda en el Fuero Juzgo y sus equivalentes.

Entre las afirmaciones de miss Craig, la más alarmante es la de que el sol nos ha estado engañando miserablemente. La luz que nos alumbra no es cosa suya. Yo no sé cómo no habíamos caído antes en ello, cuando en el Génesis se habla de la creación del sol y de las estrellas, por una parte, y por otra se dice que la luz fué hecha. Con la nueva explicación no hay, pues, que temer un nuevo conflicto entre la Religión y la Ciencia. Más vale así; que bastantes hemos tenido, sin contar con los que esperan al Gobierno con la Nunciatura. Quedan, en cambio, inservibles todos los embustes y ponderaciones: — ¡Tan verdad como el sol que nos alumbra! — Inservibles también una porción de odas y de comparaciones. Pero ya verán ustedes cómo el sol continúa viviendo del crédito durante

mucho tiempo. Hasta en eso va á parecer-nos más español: en vivir de las apariencias.

* * *

Ríanse ustedes de imperiales cortejos en Roma, triunfos carnavalescos de los Médicis en Florencia, tramoyas del Buen Retiro y pastorales de Versalles. Todo es pobretería en parangón con la admirable *carrozada* que nos han presentado. Menos mal que sólo estábamos la familia y los amigos, como en función casera, y apenas había entre los espectadores quien no tuviera en la cabalgata un pedazo de su corazón ó una prenda de su guardatrapos.

¿Qué mal aficionado á representar comedias no habrá saludado con emoción aquellas trusas y aquellas pelucas? La intención era buena; pero ya sabemos que de buenas intenciones está pavimentado el infierno y de peores debe estarlo Madrid, según el aspecto de sus calles.

Organizar una cabalgata, presentable á plena luz del día, es cosa que requiere mu-

cho dinero y mucho arte. Otro hubiera sido el efecto amparándose de las sombras protectoras de la noche y al favorable engaño de antorchas y bengalas. Sin contar con que las fiestas nocturnas son más agradecidas; como que en ellas sí que puede decirse que el espectáculo está en el espectador, mejor dicho, en la espectadora, y lo que se ve es lo de menos. Hay función de tuegos artificiales que no se olvida nunca, y bien sabe Dios que no es por los cohetes. En todo festejo popular hay que atender á estas emociones reconcentradas, por si fallan las exteriorizables.

* * *

Con excepciones muy contadas, es tan general como deplorable la afición de los buenos actores á representar malas comedias. ¡Lo que ellos gozan entregándose en cuerpo y alma á la ingrata tarea de levantar muertos! ¡La de esperpentos dramáticos que gozan honores de obras inmortales gracias á la interpretación de algún gran comediante!

Buena prueba es el repertorio que se ha traído Novelli, como para examinar de paciencia á sus muchos admiradores. No hay idea de lo satisfechos que se quedan algunos actores cuando el público sale del teatro diciendo:—Todo muy malo, todo; pero ¡ él! ¡ El solo! ¡ Sólo él! El peligro de este inmoderado afán solitario está en que el público se canse de decir:—¡ El solo! ¡ El solo!, y se decida á ponerlo en práctica, dejándole solo en efecto. No merece otra cosa la vanidad de algunos comediantes que llegan á creerse que ellos solos son una obra y un teatro.

* * *

Para tranquilizar á los cortadores de cupones, los más alarmados al menor síntoma republicano—¡ si habrá confianza en la cuadrilla!,—se apresta D. Jaime á estrenar un caprichoso uniforme, regalo de sus esperanzados creyentes. Es de suponer que al regalito acompañe su buen paquete de alcanfor ó su naftalina. De airearse el uniforme habría que convenir en que se ha-

bían apollillado otras muchas cosas. Que hay polvareda es indudable. Confiemos en que el Sr. Canalejas sabrá servirse del plumero propio y en ningún modo de los zorros que alguien pueda ofrecerle; considere que la opinión está con la escoba levantada y en alguna parte tal vez la tengan pajas arriba y detrás de la puerta, como se usa entre supersticiosos para despedir visitas molestas.



XX

Me preguntan algunos amigos si no diré nada del discurso de D. Alejandro Pidal, en contestación al discurso de D. Leopoldo Cano, de todas mis simpatías, como autor y como persona. ¿Para qué decir nada? Toda la elocuente diatriba contra el teatro moderno, sin demostrar otra cosa que no haberse tomado el trabajo de conocerlo, ¿no es la misma con que ilustres correccionarios de D. Alejandro Pidal, y quizás él mismo, anatematizaron el teatro de Echegaray, el de Sellés y el de Cano? El de este último con mayor ensañamiento. ¿Quién no recuerda la crítica de *La Pasionaria*, escrita por el buen D. Manuel Cañete, cabeza parlante del grupo ultramontano de la Academia Española? ¿Cómo habían de perdonarle aquello:

«Y muertos en la trinchera,
»resucitan en Madrid?»

Y aquello otro (cito de memoria; pero no es muy mala, á Dios gracias):

«... Son rezadores maestros
»que, devotos y contritos,
»andan comprando delitos
»á cuenta de Padresnuestros.»

Así como así, D. Leopoldo Cano, cuando otros méritos no tuviera, y téngole en muy alto concepto, fué, y esperamos que siga siéndolo, de los autores más valientes y más sinceros de la escena española.

Así lo ha reconocido D. Alejandro Pidal, con todas las cualidades que en otro tiempo parecieran graves defectos. ¡Oh! La Academia no es rencorosa. Basta con dejar de escribir por algún tiempo para que los atrevimientos parezcan moralidades, el «verismo», idealidad y la cáscara amarga hueso dulce. ¿No sabemos todos que á la Academia no llevan las obras que se han escrito, sino las que se han dejado de escribir?

* * *

Con tantas graves y grandes preocupa-

ciones, no es de extrañar que á lo mejor pase inadvertida alguna pequeña enormidad, como la de declarar contrabando un encendedor automático, sin más razón ni fundamento que el perjuicio á un monopolio del Estado. Ya sabíamos que todo monopolio, los hay de muchas formas y clases, era siempre un obstáculo á todo progreso; pero nunca se había declarado tan descaradamente. Según eso, cada vez que encienda usted su cigarro á una llama que no sea la legal de la cerilla monopolizada es usted más contrabandista que los de *Carmen*. Los encendedores eléctricos de los Casinos y otros Círculos, los mismos aparatos denunciados que, en otra forma, se usan para encender los cigarros de sobremesa, contrabando también; cuando pide usted lumbre á un transeunte, aparte la impertinencia, incurre usted en delito... Con la misma razón pudo declararse contrabando el gas cuando vino á sustituir al aceite y al petróleo, y la luz eléctrica después... Y las empresas de ferrocarriles debieran declarar contrabando el automóvil, porque mucha gente lo prefiere al tren para

viajar, con perjuicio de las Compañías... Y, por este sistema, también pueden tener razón los protestantes, aunque les moleste el nombre, contra la ley de los signos exteriores, que también ellos venían disfrutando de un monopolio tan respetable como el de las cerillas.

No sabemos si habrán protestado los fabricantes y expendedores del aparatito en cuestión; pero no sólo ellos, todo el mundo debiera protestar contra esa pequeña enormidad, expresiva muestra de otras enormidades cometidas en nombre de *trusts* y monopolios...

* * *

Nuestro Ayuntamiento, con miras más altas que las aceras y arroyos, se propone limpiar los rótulos anunciadores de toda incorrección gramatical. Por lo pronto, ha ido á fijarse en lo de «carnecería», que les parece anticuado. ¿Anticuado? ¿Por qué? El movimiento se demuestra andando, y el mismo uso constante demuestra que no hay tal antigüedad. Ya sé yo que

suenan más fino carnicería, sólo que es otra cosa. Ya basta, para los que venden la carne en malas condiciones, hacer carnicería en nuestro estómago, sin anunciarlo por adelantado. Bien está lo de carnicería cuando de vender carne se trata, y déjese la carnicería para luchas de fieras, campos de batalla, operaciones quirúrgicas y otros destrozos en carne viva ó muerta. ¿Qué opina el *Chico del Instituto*, á cuya autoridad me someto por adelantado?

En cuanto al uso del infinitivo por el imperativo, sí es cosa fea; pero yo, que siempre prefiero lo ordinario á lo cursi y creo que el vulgo tiene siempre razón al hablar, estoy por decir que hasta cuando dice «haga», hallo el imperativo tan redicho y con un sabor á mandato de rey de teatro: «¡Salid!» ¡Llegad! ¡Teneos!», que estoy por preferir el infinitivo, incorrecto y todo. Lo de «Llevar la izquierda», ya sabemos todos que es un modo abreviado de decir: «Hay que llevar la izquierda». No es tan grave falta que no llegue á entenderse lo que se quiere decir. Escritores de muchas letras, y académico alguno, ha escrito:

«No reirse, no asustarse». Y, en efecto, nadie se ha reído y nadie se ha asustado. Bien están la corrección y limpieza del idioma por esas calles, mientras llega la limpieza de las calles mismas; pero no vayamos á ponernos tan finos como aquella damisela que, por no usar términos vulgares, solía decir: «Mamá, haga usted la vista gruesa».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI

Saludemos á dos autores noveles, no desconocidos: los Sres. Godoy y Alberti, triunfadores en el concurso de obras dramáticas abierto, con excelente acuerdo, por el Ayuntamiento y por la empresa del teatro Español. El nombre de los autores, vigoroso poeta el uno, literato de gran cultura el otro, tanto como el nombre de los jurados, garantiza el acierto. Razón hay para esperar la más favorable confirmación por parte del público; aunque un público del que han de formar parte muchos de los concursantes no favorecidos, no es para deseársele á nadie. El teatro Español, por su carácter oficial, por disfrutar de una subvención, es el que menos puede excusarse de admitir obras de autores noveles. Quedese para los empresarios industriales el creer que sólo conviene á su negocio representar obras de autores consagrados,

que, á veces, en una sola equivocación perjudican más que favorecieron con diez aciertos. Hay que convenir en que el público, rutinario siempre, es cómplice de las empresas en esto de no interesarse más que por las obras de un limitado número de autores. Si el público mostrara mayor interés por conocer obras nuevas de nuevos autores, yo creo que las empresas procurarían complacerle. Tanto, pues, como vencer la resistencia de las empresas y de los autores monopolizadores, importa vencer la desconfianza del público. Esto sólo ha de lograrse en fuerza de grandes aciertos. Pero es preciso dar facilidades para que sean posibles. Según las mejores referencias, á la obra premiada hay que añadir otras muy estimables entre las presentadas al concurso. Las empresas de los diferentes teatros, en justa proporción, deben admitirlas para su representación en la temporada próxima. Conveniente sería establecer por costumbre, ya que sobre ello fuera algo tiránico legislar, que un mismo autor no pudiera estrenar más de una obra por temporada en el mismo teatro. Nadie

iría perdiendo. El público hallaría mayor novedad, los actores evitarían el amaneramiento que trae, sin darse cuenta, el representar obras del mismo corte, y los autores más admirados el peligro de fatigar la admiración, lo más fatigable que existe.

* * *

Siempre que asisto que á un banquete, sea de homenaje, sea de confraternidad, aparte la lubina á la mayonesa, que, por lo inmutable, representa el elemento filosófico, la figura más interesante para mi atención es la del camarero. El camarero también es filosófico. ¡Han pasado tantas lubinas patrióticas, políticas y artísticas por sus manos! El camarero y la lubina no tienen convicciones. Saben que hay un mismo *menu* de homenaje para todos. ¡Qué indiferencia la suya ante las lubinas oratorias, á la hora del Champagne, que tampoco tiene secretos para él! La cocina y las atenciones del servicio, como los bastidores del escenario á los tramoyistas, le han quitado toda ilusión sobre lo que se

come y lo que se representa. Suenan magníficas las grandes frases de los discursos, y el camarero, mientras pregunta con voz discreta por su jurisdicción: ¿Cognac ó Chartreuse?, percibe el comentario malicioso de los comensales, que es como el *pizzicato* burlón que acompaña en sordina la frase apasionada en la serenata del *Don Juan*, de Mozart.—¡Qué gran bata-ta! —oye el camarero.—¿Decía usted? —¡Ah! Nada... No es á ti... Chartreuse. Y suena un ¡bravo! y no suenan las risitas, ahogadas en un sorbo del licor estomacal. Pero el camarero piensa:—¿A quién se engaña aquí?—No; no es á él, ciertamente, simbólico y significativo en aquel momento; representación de todos los que no tienen puesto en esos banquetes, en donde la más brillante representación de las llamadas clases directoras, sin engañarse ellos mismos, creen haber convencido á los demás.

* * *

No hace muchos días indicaba que el ídolo de oro acaso tenía los pies de barro.

El viajero superficial suele deslumbrarse con las brillantes apariencias. Dura y tenaz ha de ser la lucha de los Gobiernos en la República Argentina para vencer al anarquismo; acaso más de una vez peli-gren en ella sus instituciones democráticas y su generoso humanitarismo. Días de prueba aguardan al ilustre hombre que marcha á presidir los destinos de un pueblo joven, por transfusión de tanta vieja sangre, acaso envejecido antes de tiempo. Salaverría, en su admirable libro *Tierra argentina*—tan justo de observación y tan artísticamente desapasionado,—celebra y admira la fuerte dignidad del trabajador de allá en los más humildes oficios, tan opuestos á su servilismo, rastrero en ocasiones, de nuestras viejas tierras. Bien estaría esa dignidad si no tocara en desabrimiento. Yo no he conocido nada más desagradable que la gente—mal puede llamarse humilde—de Buenos Aires. Muy impu-estos en sus derechos, eso sí; ni toleran una reprensión destemplada ni agradecen tampoco una atención cariñosa. Con lo que se les debe les basta. Pero, como dice Bernar-

do Shaw, ¿qué sería del mundo si todos nos diéramos á hacer lo justo?

Con esa violenta disposición de espíritu en los de abajo, causa ó efecto de violenta disposición en los de arriba, las ideas anarquistas prenden con facilidad y se propagan con rapidez. ¡Cómo andará ello, que muchas familias distinguidas de Buenos Aires habían decidido quitar casa y hacer vida de hotel por serles imposible tolerar las exigencias de los criados! Durante los treinta ó cuarenta días que permanecí en un hotel conocí veinte criados distintos sólo en el servicio de mi habitación. En el comedor todos los días veíamos caras nuevas. Un día hubo huelga general; no quedó un solo criado en el hotel; en todos sucedía lo mismo. En uno de ellos no se contentaron con abandonar el servicio, sino que, para causar mayor trastorno, antes de despedirse deshicieron las camas, desarreglaron las habitaciones y estropearon la comida preparada. Todo en uso de su perfecto derecho. Las huelgas de los diferentes gremios no pueden contarse. Ahora empiezan las bombas. A la violencia responde-

rá la violencia... Ya verán los que murmuran de las Monarquías lo que hace una República cuando llega el caso. Creo que el espectáculo y la lección han de ser interesantes, aunque tal vez no sean provechosos ni aprovechables.

* * *

—¿Ha visto usted el sombrero de las mil pesetas?—Aquí no puede decirse del ala, suponemos que entrará todo en el precio.

—¿Mil pesetas un sombrero? Será una tiara.

Aquí sólo algunas señoras de esas que andan ahora tan ajetreadas y todo el año tan trajeadas, puede gastarlos parecidos. Los célebres sombreros de la Maison Viot—hoy dividida en dos razones sociales,—una monada de sombreros, se han cotizado siempre entre los 300 y 500 francos. De esto sé yo una barbaridad; si supiera tanto de otras cosas, hubiera llegado á ser algo. Con el tamaño sobrenatural de los de ahora, no es extraño que suban el precio. Sólo de plumas hay sombrero que se lleva en el adorno

un avestruz entero. De modo que, para pagarlo, hay que desplumar por lo menos otro ó poner á contribución toda una manada: á este una pluma, al de más allá otra... Pero ¡ si estaremos desquiciados! El otro día, mientras dos señoras iban hablando por la calle, muy acaloradas, de las cuestiones políticas y religiosas de actualidad, pasaron dos curas, y ¿de qué creen ustedes que iban tratando? Del sombrero de Ursula López. ¿Se convencen ustedes, señoras mías, de que no pelagra nada fundamental?



XXII

No es cualidad española el proselitismo. Nos damos tan mala maña al sostener nuestras ideas y doctrinas, que sólo sabemos exponer lo esquinado con toda su hiriente dureza, en vez de suavizar las aristas con blandas redondeces. Más prontos al brusco ataque que á la serena defensa, aún no hemos llamado con nuestra voz cuando ya hemos espantado con nuestros gritos. Hablamos para los nuestros, que son los que menos necesitan oírnos. No es á los que piensan como nosotros á los que importa convencer, sino á los que piensan del modo contrario.

Tuvo su mayor enemigo el socialismo en la vulgar opinión obstinada en confundirle con el anarquismo. Empezaba á desvanecerse la confusión; los más temerosos iban perdiendo el miedo; se presentaba la ocasión para no dejar sombra de esos infun-

dados temores. Al socialismo podrá faltarle en mucho tiempo, para ser realidad posible, la base de bondad humana que presupone su soñada organización social. Esta es su mayor equivocación: suponer que una nueva organización social pueda ser causa de una nueva condición humana, cuando sin duda es todo lo contrario. Sin mejorar al hombre, ¿cómo es posible mejorar la sociedad? Ni las instituciones ni las leyes son varas mágicas de virtudes. Pero, en fin, cuando los hombres sean mejores, por selección natural ó por cultura artificial y científica, el socialismo se impondrá por sí solo, que es el modo mejor de imponerse sin imposición. Entretanto, y hay tiempo para ello, más conviene que crean en nuestra bondad que en la bondad de la idea. El guía de los socialistas en España, al sentarse por primera vez en el Congreso, debió procurar ante todo que el enemigo, el contrario, esto es, el buen burgués, acabara de perder el miedo, tranquilizándose, en comunicación directa con el fantasma, que no es cosa del otro mundo, aunque puede serlo de otro mundo... Porque, si el buen

burgués no se convence, ¿qué piensan hacer con él los socialistas en el día del triunfo? ¿Aniquilarle? ¿Someterle como á siervo ó esclavo? Siempre vendríamos á parar entonces en que media humanidad seguiría fastidiada por la otra media; y el ideal socialista es la felicidad para todos, que lo de ser unos felices y otros desgraciados, y cada uno á ratos, es ya cosa resuelta desde que se organizó la primera tribu. Al socialismo hemos de ir todos sin violencia, por inclinación natural; su doctrina ha de ser de amor, y no de odio; atrayente, y no repulsiva. Bien está descubrir nuestras humanas debilidades ante los amigos y los convencidos. Para algo son amigos y están convencidos. Pero ante los contrarios hay que mostrarse en la más divina apariencia; de otro modo, más vale seguir oculto entre nubes. El socialismo iba ya pareciendo al medroso burgués cosa distinta del anarquismo. ¿No ha sido una imprudencia volver á la confusión y al equívoco? Mal predicador el que sólo consigue hacerse oír de los creyentes; á los descreídos, á los descreídos es á los que hay que llamar

y convencer. Pero ¡ay!, ya lo dije, el proselitismo no es cualidad española.

* * *

Un nuevo libro del doctor Gustavo Le Bon—*La Psicología política y la Defensa social*—es libro que todos los políticos debieran leer con detenimiento. De muy provechosa enseñanza y de más provechosa meditación.

«La psicología política—dice Le Bon—enseña á resolver los problemas planteados diariamente, á discernir cuándo se debe ceder y cuándo oponerse á las exigencias populares. Los hombres de estado, por lo general, ceden ó resisten según su temperamento.» Detestable proceder. Es preciso resistir ó ceder según las circunstancias. No hay nada más difícil ni de más graves consecuencias en la psicología política.

Y más adelante: «¿Es más fácil transformar una sociedad que cualquier otro organismo viviente?» La respuesta afirmativa á esta pregunta ha dirigido toda nuestra política desde hace un siglo y continúa

dirigiéndola. La posibilidad de rehacer las sociedades por medio de nuevas instituciones fué siempre evidente para los revolucionarios de todos los tiempos, para los de nuestra gran revolución sobre todo; lo es también para los socialistas. Todos aspiran á reconstruir la sociedad según planos trazados por la razón pura. Cuanto más progresa la ciencia, más contradice esta doctrina. Apoyándose en la biología, en la psicología y en la historia, nos dice «que nuestros límites de acción sobre la sociedad son muy restringidos; que ninguna transformación profunda se realiza jamás sin la acción del tiempo; que las instituciones son la envoltura exterior de un alma interior, y toda institución, lejos de ser el punto de partida de una evolución política, es solamente el término. La debilidad de los pueblos latinos consiste en creer, como dogma, que basta con cambiar las instituciones para modificar el espíritu de un pueblo».

Todo ello, y mucho más que trae el libro, no será de gran novedad, y de puro sabido, lo tendrán olvidado nuestros políticos

y gobernantes; pero no vendrá mal un repasillo; el buen doctor Le Bon tiene para todos, porque la Ciencia no se casa con nadie, y la Verdad nunca fué de una sola pieza: hoy es monárquica, mañana republicana, puede ser socialista, puede ser individualista... Por eso los hombres de ciencia, son siempre de cuidado en un partido político. Ya se convencerá el doctor Salillas, digo, ya le convencerán sus correligionarios, si no procura ir olvidando en sus futuros discursos que es hombre de ciencia antes que republicano.

* * *

Hay crímenes que, en su misma monstruosidad inexplicable, llevan quizás la única posible atenuación... No obstante, todos han querido arrojar su piedra sobre la madre enloquecida que arrojó á su hijo recién nacido por el balcón. ¡Horrible! ¡horrible! Pero todas esas buenas vecinas que, llenas de noble indignación, hubieran llegado á arrastrarla al salir, después de haber matado á su hijo, ¿están seguras de

no haberla atormentado con burlas y rechiflas si, unos días después, la hubieran visto salir con él en brazos? ¿Saben ellas lo que pudo pesar en la infeliz deshonrada, á la hora del delito, la imagen de esas buenas vecinas, pequeño mundo, pero ¡un mundo en fin! murmurador y maldiciente.

¡La honra de las mujeres! ¡Pobre honra, que puede olvidarse en el beso de un amante y no puede olvidarse con el beso de un hijo!



XXIII

Han surgido algunas dificultades para la reedificación del teatro de la Zarzuela. Por una vez—una vez no hace costumbre—quiere llevarse á punta de lanza lo ordenado sobre construcción de teatros. Aparte de que en este caso sólo se trata de reconstruir, reciente está la edificación del teatro Lírico, hoy Gran Teatro, sin ajustarse á las rigurosas Ordenanzas. No hablemos del sin fin de teatrillos que, á sombra y entre sombras, de estar destinados á exhibiciones cinematográficas, donde, entre paréntesis, son mayores los riesgos de incendio, han venido á parar, por exigencias del negocio, en verdaderos teatros, sin más condiciones de seguridad que la falta de concurrencia.

Como decía un empresario de un teatro provinciano al gobernador, que le ordenaba toda clase de reformas en el teatro,

según oficio, «para evitar todo peligro ocasionado por las grandes aglomeraciones...»: — ¡Ay, señor gobernador; deme vucencia primero esas grandes aglomeraciones, y yo haré las reformas!—En efecto, la marcha de los negocios teatrales no da para pedir muchas gollerías. Exigir que un teatro presente sus cuatro fachadas libres de toda vecindad es tanto como prohibir que se edifique ningún nuevo teatro en sitio céntrico de las grandes poblaciones. Al precio que están los terrenos, sólo más allá de la Ciudad Lineal puede levantarse un teatro con ese requisito.

No son los teatros los únicos locales peligrosos, para que con ellos se extremen las precauciones. Su mayor peligro está en la aglomeración de que antes hablábamos; peligro, para desgracia de los empresarios, tan poco frecuente. Y, dados la aglomeración y el peligro, sin la serenidad y cordura del público todas las seguridades y precauciones son inútiles. Alocado por un peligro, real ó imaginario, el público, tanto vale una puerta como dos docenas, si todos quieren escapar por la misma.

Un teatro como la Zarzuela, reedificado con materiales modernos, puede ofrecer la suficiente seguridad, en lo humano, sin la condición dificultosa de las cuatro fachadas. Con una buena, y con vistas al verdadero Arte nacional, podemos contentarnos. Cuatro tiene el teatro Real, propiedad del Estado, y de ellas, tres dan á Italia, una á Alemania... y la ópera española en el sotabanco.

* * *

Si los *trompis* entre el boxeador negro y el blanco, con el triunfo del colosal negrazo por remate, no tuvieran su significación simbólica, sería para reir ó para indignarse, según temperamentos ó estado de fondos, la agitación promovida en los Estados Unidos á consecuencia de la interesante lucha. Pero ¡ay! que esa lucha entre dos campeones de las distintas razas puede ser mañana sangrienta lucha general de las dos razas. Es natural que el anticipo triunfal del negrazo les haya sentado tan mal á los blancos. Malo, si los negros dan en civili-

zarse; peor, si dan en dedicarse á brutos. . Cultivando la inteligencia, aun podían tardar algunos años en igualarse con los blancos; pero si sólo cultivan los puños, pueden adelantarse en muy poco tiempo. Y si continúan pagándoles tan bien los puñetazos, reunirán muy pronto dos grandes fuerzas: los puños y el dinero. Confiemos en que algún gran banquero ó negociante de los Estados Unidos se dé buena maña para estar al negro vencedor el dineral premio de su hazaña, y podremos afirmar todavía orgullosos la superioridad de la raza blanca.

* * *

En esto de las barbaridades nacionales sucede como con los vicios y las ridiculeces: las peores son las de los otros. Para el aficionado á toros no hay nada tan estúpidamente cruel como una riña de gallos, y viceversa; nosotros nos escandalizamos ante los boxeadores, y por ahí se espantan de nuestras corridas de toros. De esa diferencia de apreciaciones viven los moralistas, mientras el mundo vive de la precisa

moral que le basta para no concluirse, que es á lo que se tira, y vamos viviendo. Los artistas han convenido en que lo más pintoresco y característico de cada pueblo es la roña, sea material ó espiritual. Extasis ante unas piedras viejas, transporte místico ante una capa parda, deliquio supremo ante una salvajada con mucho carácter. Que tienen mucho carácter suele decirse de los que lo tienen malo. En los pueblos es lo mismo que en las personas. ¿Un pueblo de mucho carácter? Ya saben ustedes lo que les espera: comer mal, dormir peor y alguna pedrada. ¡Oh! ¡Pero cómo perdería carácter si la civilización descolorida y niveladora llegara hasta allí!...

Por fortuna, hay carácter para mucho tiempo en todas partes, y no somos nosotros de los menos favorecidos.

* * *

Esta eterna lucha entre un Arte que prefiere para su inspiración lo característico tradicional, como si quisiera perpetuarlo, á despecho de la misma vida, con un Arte,

por más atento á nueva luz quizás mas desorientado, sostiene y sostendrá por mucho tiempo en interesante actualidad la llamada «cuestión Zuloaga». Sobre ella, como toda gran obra de Arte, camino de esa eterna actualidad que se llama inmortalidad, está la obra del pintor insigne, cuya gloria nada puede temer de las discusiones. Pero entre el Arte que nos dice: «Esto ha sido», y aun el que nos dice: «Esto es», y el Arte que nos dice, visionario y profético: «Esto será», si los dos pueden ser igualmente admirables como Arte, como obra social, ¿cuál será preferible? Sí; aun hay otro más admirable y fecundo: el Arte todo voluntad, todo acción, de la voz creadora, como voz de Dios, la que sabe y puede decir: «¡ Sea! »



XXIV

Ha sido un brillante torneo oratorio, más cañas que lanzas, la contestación al Mensaje de la Corona. Como sucede tantas veces en estas discusiones, los árboles no han dejado ver el bosque y las frondas y floeos oratorios no han dejado oír la contestación al Mensaje, que, siendo de lo que debía tratarse, es de lo que menos se ha tratado.

El Gobierno ha podido decir en esta ocasión: «A salvo está el que repica». Los tiros más certeros han pasado sobre su cabeza para ir á caer sobre los conservadores. Sólo algún ligero achuchón ha menoscabado su flor de azahar. Si los obispos, los rifeños y los huelguistas no se alborotan demasiado durante las vacaciones, tenemos virginidad hasta la reapertura del Parlamento.